

quebrantaré por mi mano;  
y hoy, ¡a verte bueno y sano  
o a morir de hambre los dos!

\*

Y aferrado al ideal—  
dice la vieja leyenda—,  
que desanduvo la senda  
que llevaba al hospital.

ilrredentos!

Negaron el indulto;  
los recursos legales agotados,  
¿qué hacer sino aguardar del drama rojo  
hasta el último acto?  
Yo vi salir al cura,  
de la celda, con ánimo abatido;  
yo le oí musitar con honda pena:  
“Es Satán que se opone en mi camino.”

En la capilla penetró, y el reo  
la franca mano extiende;  
yo vi su faz de palidez de cirio  
nimbada por un hálito de muerte.

—Y bien, mi defensor: ¿la última cena,  
que por última habrá de ser sonada,  
haremos juntos? Gracias. Poco vino,  
todo gresca... ¡y mañana...!

—Me dijo el sacerdote...

—Por supuesto:

que me confiese y que perdone ¡es otra!  
a fuer de viejo, es cándido: que cambie  
los papeles... veremos si él perdona.  
Sentémonos, y a guisa de capítulo  
titulémosle: "Ultimo banquete  
de sentenciados a la pena última."

Yo liquido mañana

y usted cuando se muera... si es que muere.

—Hay que pensar, con la conciencia a solas...

—¡La conciencia! No tengo en mis defectos  
ese vicio tan cursi.

*Perdonar... olvidar... remordimientos...*

Si porque la conciencia no remuerda  
en achatar sus dientes me he ocupado;  
¡saber que el bicho trae sus colmillos  
y en mi contra azuzarlo!

Bien: me doy la palabra,  
porque después de todo a usted le resta,  
para echar a trinar el pico de oro,  
de años bien larga cuenta;

y entre tanto que cena, oiga una página  
de la comedia de mi vida, escrita  
torpemente; peor representada...

Yo no ceno: cenar es poco higiénico  
y pretendo en salud dejar la vida.

\* \* \*

¿Tuve padre?... Tal vez; no estoy seguro.  
Yo sé que madre tuve y es bastante:  
se embriagaba... ¿a mí qué? Me dió alimento  
y sus besos... Sus dichas, sus pesares;  
de sus labios oí, cuando bebía,  
cierta historia y, en fuerza de escucharla,

acabé por creerla:  
 que fue en un tiempo honrada;  
 al par de honrada, hermosa;  
 que vistió de estopilla  
 y en la edad de los sueños  
 robóla al nido un ave de rapiña  
 que, haciéndola pedazos alma y cuerpo,  
 hecha un guiñapo... ¡la empujó al arroyo!...  
 ¡y río, que vertidas tantas lágrimas,  
 se agotaron las fuentes de mi lloro!  
 He golpeado, herido y he matado  
 en desagravio de la que, gimiendo,  
 con hipos de embriaguez me repetía:  
 "Mi nido era risueño;  
 le seguí enamorada;  
 me abandonó... y al regresar al nido,  
 ni el viejecito ni mi anciana madre:  
 ya ninguno, ninguno me bendijo.  
 ¡Odio a los hombres! Pero a ti, criatura,  
 ¡te amo! ¡te adoro!..." Yo volé más alto:  
 a todos odio... ¡a todos, y a mí mismo!  
 ¿Sé por ventura cuántos la ultrajaron?

Hoy los buenos burgueses me condenan;  
 la *pública vindicta* lo reclama;  
 pude ser bueno y nadie me condujo;  
 de mí lo piden todo ¡sin dar nada!  
 ¿No dormí en los umbrales de las puertas?  
 ¿no usé papel por falta de cobija?  
 ¿quiénes me acompañaron?  
 ¿a cuál escuela iba?  
 ¿no rodé por el mundo?  
 ¡De lodo entiende el que en el lodo rueda,  
 y quien me culpe arrójeme implacable  
 con mano airada la primera piedra!

.....

Y el reo demudóse, y su mirada,  
 y aquella faz de palidez de cirio,  
 se volvieron al cielo, suplicantes,  
 como invocando al cielo por testigo.  
 Me sentí avergonzado; me oprimía  
 una insólita pena:  
 había un reo, sí, pero tentado

me sentí de creer que yo lo era.  
Ilustrad al obrero; dad abrigo  
a los niños que ruedan por el fango.  
¡Oh, pobres irredentos! dadles alas:  
¿qué alas más grandes que el abecedario...?  
“¡Más luz... más luz aún” para el espíritu,  
y no olvidéis que es este el cruel dilema:  
oponer a la escuela contra el crimen...  
¡o consagrar el crimen como escuela!

Para una  
balona

Cantaba la pordiosera  
balonas de mi país;  
con la guitarra solía  
ora llorar o reir.

La luz de sus negros ojos  
con otra luz se encontró  
y, temblando, la mozuela  
interrumpe la canción.

—¿Por qué será mama mía  
que toos me ven así?  
Me dejastes en la vida,  
y canto para vivir.

¿Acaso en el hespital  
ningún hombre ti ayudó?  
¡Claro! ya no eras hermosa  
y aun era muy niña yo.

Los ojos de ese siempre me siguen:  
pero mi avisa mi corazón  
que así como ese te vió aquel hombre  
que por capricho ti habló de amor,  
y en una noche se hizo mi padre...  
¡y al levantarse ti abandonó!

Cuando  
lo de Candela...

—Y Salomé ¿quién era?  
—Una viejecita fanática por la Revolución; en su casa comíamos todos por unos cuantos centavos que ella aceptaba gustosa, sin más esperanza que la de acrecentar su pobreza; pero segura de ver triunfante la Revolución. Nació en Matehuala; murió en Candela hace unos meses... ¡ah! era terriblemente malhablada.”

*Hasta aquí mi informante; yo dedico a Salomé este canto, pensado con amor y escrito unciosamente ante las ruinas sagradas de Candela.*

Y el viejecito insiste:

—¿Cuándo lo de Candela? Fue muy triste...  
Sin copas; se me suben y al cabo  
endilgárselo a usted de cabo a rabo  
por obra del mezcal, no tiene chiste.

¿Ve usted aquel cerro? ¿el cerro de la villa?  
 Cayendo y levantando como bidos  
 y a media nochi, desde los recodos  
 mirábamos, como una pesadilla,  
 arder, unos su casa, o si en la chilla  
 estaban, su jacal: de todos modos  
 la tristeza era igual, igual pa todos.  
 ¡Quemar Candela! ¿Acaso tiene duda  
 que en las causas del pueblo Dios ayuda  
 porque es su propia causa? ¡Ni la escuela  
 respetaron! Decía la locuela  
 de mi ñeta: "No llores." ¡Ay, canela!  
 ¿No llorar cuando el llanto se me añuda  
 en el pescuezo? Hasta mi frente suda  
 cuando mi acuerdo de lo de Candela.

Rumiaba Salomé: "No tienen clacos,  
 pero son rete güenos; la comida  
 y su mezcal, te digo y lo repito  
 que no les faltarán: mi importa un pito  
 pelarme di hambre... ¡estoy tan carcomida!  
 Crémelo, de peliar andan tan flacos."

Era en julio, no sé; por ai sería  
 cuando oyimos: "¡Ai vienen los pelones  
 de Alessio y Navarrete y son montones!"  
 ¡Y cuántos ires, cuanta gritería  
 por calles y por plazas, pues venía  
 un demonial de tropa y cien cañones.  
 Todas aquellas gentes  
 pensaron en salirse: los valientes  
 de cacumen bien saben ques delito  
 exponerse de en balde: anque el retablo  
 de la iglesia otra cosa tenga escrito,  
 lo que resulta es esto: en el confito  
 entre el bueno y el diablo... ¡gana el diablo!

.....

Siguiendo mis consejos,  
 unos a Gloria; a los alrededores  
 del cerro o al Rincón de Flores  
 fueron los otros: jóvenes y viejos,  
 muchachas y mujeres... ¡qué de horrores!  
 ¿Se fija usted? ¡Dejar nuestros trebejos,

mercados todos con nuestros sudores!  
 ¡Viera usted los calores  
 que hacían! Por ahí vamos... lejos... lejos.  
 De mujeres que nadie conocía,  
 cargábamos a cuestas las criaturas:  
 ¡angelitos de Dios! Me parecía  
 su llanto, no de ver sus desventuras,  
 sino de rabia... yo lo juraría.  
 Algunas que en estado interesante  
 caían o resbalaban sobre el barro,  
 muertas de susto, bajo algún chaparro,  
 sin ayuda, aventaron a su infante.  
 ¡Y cuánto cañoniar! era un derrochi;  
 tanta metralla echaron esas gentes,  
 que—llueve poco aquí—pos esa noche,  
 caían aguaceros a torrentes.  
 La pobre Salomé casi iba a gatas,  
 entonando balonas  
 y echando sus bravatas,  
 con andares que, más que de personas,  
 era el de esas arañas muy zanconas  
 que les tronchan las patas.

No más le resonaban los talones  
 y, arbolando el guaripa: “¡Erria, pelones  
 traicioneros! Así que de barriga  
 tuviera qui arrastrarme en los piedrones,  
 no me regüelvo con... Ni quen lo diga,  
 porque no sé decir malarazones.”

Atole de agua-miel, raíces, cogollos...  
 eso comíamos: una misma ley  
 para indios y pa criollos.  
 Tal vez pa recordar nuestros abuelos  
 dormidos en los cielos,  
 nos brindaba su espíritu el maguey.  
 ¡Pobre de Salomé! Con todo y males  
 llegó a nosotros con su pian-pianito  
 que dió de sí; al verla sólo un grito  
 resonaba, y rodó por las jacales  
 el ¡Viva! dado a Salomé Rosales.

¿Y Candela? Por más que nunca quiera  
 odiar ¿cómo he de ser indiferente?

Romero causa fue de lo que fuera...  
 ¡El muy canalla! ¡Allí le hicimos gente!  
 Hasta en los cielos resonó aquel: “¡Muera!  
 ¡muera Romero que por extipendio  
 y odios mal contenidos,  
 sirvió a los bandidos  
 de guía en el incendio!”  
 ¡Si hijo, si madre, si un amor tuviera  
 pa verles retorciéndose en la hoguera!

.....

Negra la nochi; desde abajo el fuego  
 hasta el cielo llegó, y era una danza  
 estragosa de llamas. Loco, ciego,  
 iba el enjambre federal y a luego  
 de quemar una casa, sin sosiego  
 iba a la otra y “¡Que si arda!” Ni esperanza  
 nos dejaron: por eso como un ruego  
 el fuego nos gritó: ¡Muerte y venganza!  
 ¡Venganza y muerte! Sépanlo, crueles,  
 qui hoy cada ruina es un lugar sagrado,

porque fueron cuarteles  
 y había en cada uno un buen soldado  
 que aprendió de su abuelo  
 y en su escuela aprendió:  
 “Piensa ¡oh, Patria querida! que el cielo  
 un soldado en cada hijo te dió.”

Que nunca reconstruyan esas ruinas  
 consagradas, divinas,  
 para que en ellas tenga el país escuela  
 y yo tenga mi arrullo,  
 y muera, cuando muera, ¡del orgullo  
 di haber muerto en Candela!